

# BALANCE DE ALGUNOS PARADIGMAS DE LA CULTURA CONTEMPORÁNEA

*Profesor Eduardo Ortiz*

## **Introducción**

Aventurarse a disertar sobre los paradigmas a los que debe responder la teología contemporánea, presupone una audacia considerable. Mi única defensa es que no he sido yo quien ha elegido el tema. En todo caso, quiero hacer dos salvedades introductorias antes de entrar directamente en materia.

En primer lugar, soy consciente de que la palabra *paradigma* es polisémica y ambigua. Cada autor, escuela o especialidad, refleja necesariamente sus preferencias y particularidades al definirla. Yo me voy a inclinar por el significado más elemental de la palabra, que es el que aparece en el Diccionario de la Real Academia Española. Allí se dice que, en su primera acepción, *paradigma* equivale a ejemplo o ejemplar. En consecuencia, al hablar de los paradigmas de la cultura contemporánea, me voy a referir aquí básicamente a los ideales, valores o líneas maestras que, en mi opinión, el hombre y la mujer de hoy utilizan con mayor frecuencia, a la hora de estructurar su comportamiento personal y diseñar el modelo de una nueva sociedad o patrón de convivencia.

En segundo lugar, soy consciente de que es imposible hablar unívocamente de los paradigmas del venezolano, o bolivariano, moderno; y mucho menos de los paradigmas de la sociedad latinoamericana o mundial. Incluso dentro de una comunidad o familia, cada miembro actúa bajo distintos paradigmas. Hasta una misma persona cambia de paradigmas a lo largo de su vida; e incluso en un mismo día, frente a grupos o situaciones diversas, puede defender posiciones que a primera vista parecen contradictorias. Más aún, estoy convencido de que, así como Heráclito decía que uno no se puede bañar dos

veces en el mismo río, porque la segunda vez el agua que corre será diferente a la primera, así ningún ponente redactaría dos conferencias idénticas sobre el mismo tema, aunque escribiera una de ellas a continuación de la otra.

Hechas estas salvedades, me voy a limitar a señalar y desarrollar algunos de los paradigmas que me parecen significativos en el promedio de las personas con las que me encuentro diariamente a un nivel personal, académico o profesional. No son los únicos que se podrían resaltar, y tampoco estoy totalmente seguro de que sean los más importantes. Por otra parte, dado que mi trabajo en los últimos años está relacionado directamente con la Economía, es casi inevitable que me refiera con más frecuencia a ella al diseñar esta caracterización.

Un último punto previo. La Sagrada Escritura privilegia toda una serie de números mágicos y simbólicos a la hora de narrar historias, describir personajes, dictar leyes, contabilizar órdenes angélicos o clasificar virtudes. La Iglesia ha seguido esta costumbre en sus tratados teológicos, su catequesis y sus servicios litúrgicos, donde ha agrupado muchas veces aquello que quiere exponer o proclamar en torno a los números tres, siete, diez, doce o cuarenta.

Quizás porque se adapta mejor al tiempo que tengo disponible, y a lo que puedo decir sobre cada uno de ellos, voy a enumerar a continuación un decálogo de los paradigmas que considero en este momento como más significativos e importantes, y que describen mejor los modelos arquetípicos o ideales que parecen subyacer a la reflexión y comportamiento del hombre y la mujer contemporáneos.

## **1. Individualismo y corto plazo**

Es difícil señalar cuál de todos los paradigmas que voy a enumerar es más importante, más influyente o más envolvente que los demás; pero me inclino a pensar que la mayor diferencia entre el ciudadano medio de hoy y el de, por ejemplo, hace cuarenta años, es que ahora tendemos a concentrarnos en contextos o fenómenos más concretos y minúsculos, que resultan más fáciles de interpretar y manejar. Y esto no siempre por ser más pusilánimes, sino quizás por ser más humildes y más realistas. Hoy es más difícil que ayer encontrarse con alguien que pretenda cambiar el mundo, porque cada vez somos más conscientes de que ni siquiera tenemos éxito cuando queremos cambiarnos a nosotros mismos.

En el ámbito internacional, estamos concentrados en los problemas que

aquejan al propio país, o aun simplemente a la comunidad local. Ya nos estamos olvidando de la reciente devastación sufrida hace dos meses por el Estado Vargas; nos cuesta mucho más ubicar con claridad qué otras regiones del país padecieron inundaciones por aquellos días; y aunque los medios de comunicación han transmitido recientemente imágenes estremecedoras sobre la destrucción mucho más inclemente, causada también por la furia de las aguas, en Mozambique y otros países vecinos, varios de los aquí presentes se encontrarían en apuros si les pidiera que me señalaran sin titubeos en un mapa de África dónde queda exactamente cada uno de ellos. Todavía recuerdo, hace pocos días, la desorientación absoluta de un estudiante promedio, cuando le pedí que ubicara a Japón en un mapamundi.

En lo político, cada vez nos resultan más grandes y más lejanos el Estado o la nación. Estamos interesados en solucionar los problemas del municipio, el barrio, el sector, el condominio o simplemente la familia y, aun dentro de ésta, el núcleo central de padres e hijos. Una manifestación relativamente reciente de esta actitud en Venezuela es el creciente abstencionismo electoral ¿Para qué seguir votando, si al final todos los gobernantes terminan haciendo lo mismo, por mucho que se insulten entre sí? El desengaño, ha dado paso al desinterés y la frustración.

En un movimiento semejante, la teoría económica ha ido modificando paulatinamente su concentración de hace unas décadas en los problemas macroeconómicos, para dedicar una atención creciente a la perspectiva microeconómica, donde se trata de responder únicamente a los intereses del consumidor y la empresa individual.

En lo social, hoy releemos con cierta conmiseración y nostalgia la utópica tesis once de Marx sobre Feuerbach, en la que éste proclamaba que se había empleado demasiado tiempo en interpretar la realidad, y que había llegado la hora de transformarla. En la actualidad, por el contrario, el primer capítulo de cualquier manual de teoría económica, por poner un ejemplo, nos indica que existe una economía *positiva* que observa el comportamiento real de las personas e instituciones, y una economía *normativa* que hace juicios de valor sobre esta misma realidad. En la observación de los hechos, y en la formulación de leyes objetivas que traten de describir y predecir los comportamientos, hay bastante unanimidad y acuerdo, siguen diciendo los textos; en cambio en el mundo de los valores hay casi tantas opiniones como personas. Por lo tanto, si se quiere ser un científico social, lo más sensato y recomendable es limitarse a estudiar e interpretar lo positivo, dejando de lado cualquier juicio de valor, que no hace más que enredar lo que en sí es diáfano y transparente.

En lo profesional, nos absorben por completo las urgencias y exigencias del trabajo diario. Lo que tiene que hacer un estudiante es recibir clases y estudiar, para sacar buenas notas, y obtener como premio después de la graduación un trabajo bien remunerado. En la Universidad Central, por mencionar un caso, ya el encapuchado es visto como un desadaptado que no representa a nadie, y que entorpece la marcha diaria de las actividades ordinarias. No estoy afirmando que eso esté bien o esté mal. Sólo constato lo que está sucediendo.

Como he indicado al principio de este paradigma, la caracterización anterior no es necesariamente negativa. Es típico de las generaciones maduras, por no decir viejas, explayarse en cantares de gesta sobre las revoluciones juveniles de los años sesenta, y mirar con cierta reprobación a esta gente de hoy que está pasmada, y sólo parece estar preocupada por sí misma.

Pero es posible también otra visión más comprensiva, y quizás más justa, de este mismo fenómeno. En gran parte, las tesis de Marx sobre Feuerbach, y otras proclamas semejantes de igualdad y progreso, han sido derrotadas por los hechos. Las generaciones jóvenes de hoy, se encuentran en una situación semejante a la que vivieron quienes, a comienzos del siglo XIX vieron frustrados muchos de los ideales racionalistas de la Ilustración, y comprobaron cómo las proclamas de «libertad, igualdad y fraternidad» coreadas por la revolución francesa, terminaban en el guillotinado mutuo de sus líderes, en el absolutismo napoleónico, y en la Santa Alianza de las monarquías europeas, fortalecidas por su aglutinación defensiva frente a un enemigo común.

Quizás la concentración en lo pequeño, en la microeconomía, en el entorno inmediato, surja consciente o inconscientemente de un cierto escepticismo ante las grandes proclamaciones de principios que casi nunca pasan del papel, y en una vuelta a los ámbitos manejables en los que al menos se puede planificar algo positivo con ciertas perspectivas de éxito.

Hay también otra razón comprensible en esta vuelta a lo individual y en el desencanto por los grandes proyectos. La vida profesional es cada vez más exigente. Cuando leemos hoy las tesis doctorales escritas hace cincuenta años por eminencias de la economía, la sociología o la política, más de una vez nos parecen elementales e ingenuas. Un aforismo muy conocido afirma que en el frenesí actual uno debe de correr hacia adelante si quiere mantenerse en el mismo sitio. Algo semejante ocurre en el ámbito del saber; para mantenerse al día, cada vez hay que estudiar más. En consecuencia, el especialista moderno cada día sabe más cosas sobre menos temas; por eso ve con desconfianza a

quien habla de todo, porque piensa que la mayoría de las veces no dice nada relevante.

Existe por tanto un regreso o retroceso, como queramos llamarlo, hacia la interioridad y el individualismo. Dejo a la teología la tarea de reflexionar si se tiene que oponer a esta tendencia, adaptarse a ella, o mantenerse en una situación intermedia de aceptación y superación de este paradigma. Aunque debo confesar que mis lecturas recientes en esta disciplina me inclinan a sospechar que también ella, que al fin y al cabo no se mueve por encima de la historia, está experimentando un proceso semejante. Aun cuando haya experimentado en las últimas décadas un proceso de apertura, ocupándose más de lo que ocurre fuera de sus muros, su concentración obsesiva en unos pocos tópicos está empobreciendo considerablemente su temática, otrora tan polifacética y compleja. Cada escuela o corriente corre el peligro de obsesionarse por una perspectiva, y descuidar todo lo que no entra en su estrecho foco de atención.

## **2. Globalización**

Hoy todo el mundo habla de globalización, y pareciera que este paradigma, si así lo queremos llamar, va en contra de la tendencia hacia la concentración en lo pequeño y lo individual que hemos mencionado anteriormente. Pero esta aparente contradicción desaparece cuando se penetra un poco más en sus principales manifestaciones.

Digamos en primer lugar que la globalización como tal, entendida como una mayor fluidez en la transmisión de las ideas, que trae como consecuencia una mayor uniformidad en los modos de pensar y comportarse de la población afectada, en sí no es buena ni mala. Todo depende de aquello que se desee transmitir.

Mencionemos algunos casos concretos que nos afectan más directamente. Aunque es difícil predecir lo que habría pasado con la humanidad si la historia hubiese sido distinta a como realmente ha sido, parece evidente que, en los primeros siglos de nuestra era, el cristianismo habría tenido menos probabilidades de convertirse en la religión universal del mundo entonces conocido, si el imperio romano no hubiese ejercido un dominio absoluto sobre ese entorno, y si la lengua griega, todavía más que la latina, no se hubiese convertido en el medio de comunicación de la cultura universal.

Ya que nos encontramos en una universidad jesuítica, podemos recordar también que San Ignacio de Loyola, en el capítulo primero de la tercera parte

de las Constituciones de la Compañía de Jesús, donde se trata «de la conservación en lo que toca al ánimo, y adelantamiento en las virtudes», indica que «en cuanto sea posible *idem sapiamus, idem dicamus omnes*, conforme al apóstolo» (Filipenses 2, 2). Y en otras muchas partes resalta cuánto ayuda la uniformidad en las costumbres, para mantener la «unión de los ánimos» de todos los miembros de esa congregación. Estoy convencido de que algo semejante dirán otros fundadores en sus respectivos documentos constituyentes.

Pero volvamos a nuestros días. Aunque el calificativo de globalización puede ser aplicado a muchos de los fenómenos de la cultura contemporánea, me voy a fijar únicamente en dos de sus manifestaciones, que tienen relación directa o indirecta con el tema económico.

La primera consiste en la difusión creciente y generalizada del acceso a Internet, que posee múltiples aplicaciones, pero que en todos los casos tiene alguna connotación comercial, aunque sólo sea porque siempre hay que pagar algo para obtener información. Pero además, porque Internet ha convertido a todo el mundo en un único y gigantesco mercado, donde podemos comprar casi cualquier cosa sin movernos de nuestra habitación, con sólo tener acceso a una computadora personal, y poseer una tarjeta de crédito. Esto, naturalmente, no nos hace más o menos solidarios con otras latitudes, sino que simplemente satisface nuestras necesidades personales de manera más rápida y eficiente. Podemos tener más con menos esfuerzo, con tal de que podamos pagar por ello.

La otra dimensión de la globalización, quizás la más impactante, es que tras la caída de la mayor parte de los regímenes comunistas, hoy el sistema capitalista, más o menos desarrollado y adaptado a las diversas circunstancias, abarca y domina al mundo entero. Algunas personas o grupos pueden recrearse en la sensación ilusoria de que están fuera del sistema, pero en cualquier momento de su existencia están utilizando bienes y servicios producidos bajo unas determinadas relaciones capitalistas, con técnicas muy semejantes, y con el objetivo declarado de maximizar el beneficio empresarial y la satisfacción individual. En mayor o menor grado, todos somos cómplices del sistema, porque nos aprovechamos de sus ventajas.

Pero antes de detenernos a comentar algunos de los axiomas o postulados fundamentales de esta filosofía capitalista o liberal, reflexionemos un poco más sobre el proceso mismo de globalización, y sobre el desconcierto que parece sentir la teología a la hora de enfrentarlo.

Un hecho significativo que, aunque desagrade a algunos, no puede ser pasado por alto, es que los regímenes de propiedad colectiva se han caído por su propio peso. Desde hace muchos años, se fueron levantando entre ambos sistemas muros o cortinas de hierro y de bambú, para que los de oriente no se escaparan a occidente; nunca fue necesario poner cortapisas a los que desearan caminar en la otra dirección, porque prácticamente nadie quería hacerlo. Y aunque los países que hasta hace apenas una década estaban bajo gobiernos comunistas hayan experimentado cierto desengaño, al percibir de cerca las limitaciones del capitalismo; y los procesos de transición hayan sido mucho más traumáticos de lo que quizás algunos de ellos esperaban, al menos a mediano plazo parece que nos encontramos ante un proceso irreversible.

Hasta cierto punto resulta incómodo hablar de este tema en una Semana de Teología, porque es bastante evidente que los agentes pastorales más comprometidos con la transformación de las estructuras sociales, en busca de una mayor justicia para todos, ven con malos ojos esta modificación del panorama mundial. En esos ambientes el neoliberalismo es hoy una mala palabra, y hablar de la casi desaparición del socialismo supone recordarles la derrota de muchas esperanzas.

Afortunadamente, a mí no me toca hacer el análisis de los retos que la nueva situación plantea a la teología. Pero me atrevería a recomendar que los líderes religiosos analicen con profundidad el tema de las preferencias de la población por uno u otro sistema; que no caigan fácilmente en la tentación paternalista de creerse más clarividentes que los demás, y de tener la capacidad de decidir por otros qué es lo que más les conviene; y que no se limiten a redactar manifiestos de crítica y condena, porque si no se crean alternativas realmente viables en el orden económico, político y social, el mundo va a continuar por el mismo rumbo de acumulación capitalista durante muchos años más.

Pero pasemos adelante. Dentro de las muchas características que podrían definir a este sistema que hoy gobierna al mundo, quiero fijarme en tres aspectos que voy a desarrollar en los tres paradigmas siguientes: la fe en la bondad de las leyes del mercado, la evaluación de las posibles alternativas de actuación con el criterio del costo-beneficio, y la tensión entre eficiencia y equidad.

### **3. Las leyes del mercado**

Comencemos por afirmar que las ideas liberales, que comenzaron a florecer a finales del s. XVIII y moldearon el mundo durante todo el s. XIX, fueron en

su tiempo una de las revoluciones ideológicas y sociales más significativas de toda la historia universal. Bajo casi cualquier perspectiva que se emplee para medir sus resultados, se puede afirmar que el progreso económico, y el mejoramiento en el nivel de bienestar experimentado por la humanidad en los últimos ciento cincuenta años, supera ampliamente al logrado en el resto de su historia. Bastaría analizar algunos indicadores gruesos y complexivos como la esperanza de vida, el ingreso per cápita, o el número de bienes diferentes ofrecidos al consumidor promedio en un centro comercial.

Todo esto se debió a unas cuantas convicciones fundamentales, tales como la importancia de la división del trabajo y de la especialización de cada persona en la realización de determinadas tareas, la organización de la producción en grandes fábricas, la racionalización de la gerencia y sistematización del aparato productivo, la apertura al comercio internacional con la consiguiente especialización de cada país en los productos donde contaba con ventajas comparativas, la libre competencia entre los diversos agentes económicos.

Sin duda todo este proceso trajo como consecuencia la agudización de la explotación y la miseria de quienes no pudieron participar activamente en el nuevo proceso que se estaba gestando, y originó fuertes movimientos de protesta y oposición que dieron cauce a la formación de diversos intentos alternativos de organizar el proceso productivo, con un reparto más equitativo de sus frutos. De ahí surgieron en último término los movimientos socialistas y los regímenes comunistas.

También la crisis económica de los años treinta planteó serias dudas sobre la capacidad del mercado para resolver autónomamente los problemas de la humanidad. De ahí nacerían, dentro del mismo sistema, las corrientes keynesianas a favor de un mayor intervencionismo del Estado en la planificación económica, que hoy es admitido por todas las corrientes ideológicas dentro del capitalismo, aunque aparezca más enfatizado en los partidos e ideologías socialdemócratas.

Pero hay que reconocer así mismo que el capitalismo ha tenido una capacidad de adaptación a las nuevas circunstancias, y de superación de los obstáculos que se oponían a su supervivencia, que no han poseído otros sistemas alternativos. Lo que hoy llamamos neoliberalismo está muy lejos de los radicalismos liberales decimonónicos, aunque siga defendiendo que, en la mayor parte de los casos, la mejor forma de resolver los problemas de la humanidad es dejar que actúen libremente las leyes de la oferta y la demanda, con la menor interferencia posible del Estado.

Quizás el argumento teórico más fuerte a favor de esta pretensión consiste en la afirmación de que cuando millones de personas buscan su propio interés tienen más posibilidades de acertar que cuando un grupo minúsculo de gobernantes pretende decidir qué les conviene más a sus ciudadanos. El apoyo práctico más sólido de esta corriente es el mejoramiento sensible de las condiciones de vida promedio de la población que ha vivido bajo estos regímenes productivos en las últimas décadas.

Su mayor limitación teórica y práctica es que ahí se plantea una competencia entre personas, grupos humanos y países, que no son iguales ni tienen la misma capacidad de negociación, por lo que unos terminan siendo privilegiados y otros van quedando ineludiblemente cada vez más rezagados.

La ideología triunfante tiene también una respuesta para esto, que en el fondo aplica los principios darwinistas sobre la evolución de las especies al progreso de la humanidad. Si se quiere lograr la excelencia hay que premiar a los mejores, a quienes han tenido más capacidad y talento para aprovecharse de las oportunidades. Los récords olímpicos se siguen superando siempre, porque se estimula a los mejores dejando de lado a quienes no tienen capacidad para competir. La solución de las diferencias no está en castigar a los que han logrado triunfar, sino en estimular a los menos exitosos para que emulen a quienes se les han adelantado.

No intento de ninguna manera defender esta manera de pensar, pero quiero insistir en que es la predominante en el sistema actual; y esto tanto entre los ricos como entre los pobres, quienes también actúan tratando de obtener el máximo provecho de las situaciones que se les presentan, y sacando ventajas de quienes en su entorno son aún más débiles que ellos. A este respecto se ha repetido hasta la saciedad, y las estadísticas lo confirman, que las principales víctimas de la violencia ciudadana son los habitantes de los barrios: es el pobre quien mata al pobre.

Profundizando un poco más en los principios subyacentes a la teoría capitalista de la oferta y la demanda, cualquier texto de teoría económica, desde el nivel más elemental, explica que el equilibrio hay que analizarlo bajo el supuesto de que los consumidores pretenden maximizar su satisfacción, y los productores buscan maximizar su beneficio. Frente a cualquier posible crítica a una filosofía tan confusamente hedonista, los científicos sociales contestarán que ellos no están llamados a inculcar valores sino a descubrir, formular, interpretar y aplicar las leyes que realmente rigen el comportamiento de los individuos y las organizaciones.

La teología y la práctica pastoral no se han escapado del todo a esta corriente. Desde épocas muy anteriores al nacimiento del capitalismo, y hasta cierto punto desde el mismo evangelio, por no hablar del Antiguo Testamento, se ha introyectado sutilmente en el cristianismo la convicción de que si uno se porta bien va a ser recompensado con la eterna bienaventuranza. Por supuesto que el cielo de los cristianos es mucho más espiritual que el de otras muchas corrientes religiosas, y que el portarse bien implica aquí principios de generosidad y altruismo ausentes por completo en algunas otras ideologías. Pero en el fondo sigue funcionando el mecanismo de premiar al que sabe utilizar en su favor las circunstancias.

Cualquier otro amor pretendidamente idealista, como el filial o el de una pareja enamorada, ha sido reducido infinitas veces en el pasado, y con mayor crudeza aún en los tiempos modernos, a una simple relación de conveniencia en el intercambio. Los hijos aman a sus padres porque les dan seguridad y protección; los padres aman a sus hijos porque los ven como una prolongación de ellos mismos. El tema podría expandirse hasta el infinito, pero por el momento basta con lo dicho.

Esta mentalidad plantea sin duda retos difíciles a la teología ¿cómo puede hablar al hombre y la mujer de hoy de manera que no renuncie a su proclamación de la utopía, pero así mismo se adapte a la sensibilidad y convicciones más profundas de los destinatarios de su mensaje? ¿qué capacidad tiene la Iglesia o la vida religiosa de asomarse a un análisis despiadado de los principios conscientes o inconscientes de egoísmo sublimado que rigen su comportamiento? ¿Cuántos cristianos seguirían creyendo en el evangelio si, por una imposibilidad onírica, Dios se presentara un día para avisar que después de la muerte no hay nada más que esperar?

#### **4. Costo-Beneficio**

Hace apenas un año se me ocurrió mencionar en clase como una muestra de nuestro subdesarrollo, el hecho de que la gente siga lanzando desperdicios a la calle desde el carro, el autobús, la ventana de su casa, o simplemente mientras camina. Al final se me acercó un estudiante para preguntarme qué ventaja sacaba él por no botar basura. ¿Qué sentido tenía guardar una bolsa de papitas vacía hasta llegar a casa o encontrar una papelería? ¿Qué le daba a cambio la sociedad como recompensa por esa molestia que estaba asumiendo? En el fondo me estaba cuestionando cómo un profesor de teoría económica no era capaz de comprender la lógica de quien bota la basura a la calle.

Lo miré, recogí los libros y salí de clase. Le podía haber dicho que el tener un entorno limpio también causa placer, pero no me habría comprendido. Para él su entorno eran los dos metros cuadrados que abarcaba con sus brazos; el resto no lo veía ni le interesaba. Como un detalle más, puedo añadir que ese estudiante, antes de cursar economía, había culminado con éxito los estudios de filosofía en la UCAB.

Soy consciente de que estoy mencionando un caso extremo, pero esa actitud, con algo más de estilo y elegancia, es la predominante en gran parte de la cultura moderna; aunque quizás lo que ha hecho ésta haya sido simplemente poner en claro, y confesar abiertamente, lo que ha estado siempre latente en el comportamiento humano desde sus orígenes más remotos.

El principal mecanismo de evaluación de proyectos en la teoría económica es el análisis costo-beneficio. Expresado formalmente, este principio dice que hay que asumir un proyecto, e incluso cada uno de los pasos a través de los que éste llega a su plenitud, si el beneficio adicional o, como se dice en la jerga matemática, el beneficio marginal obtenido, es mayor que el costo marginal. De lo contrario hay que abandonarlo.

Esto tiene un sentido bastante evidente cuando se trata de analizar si conviene seguir adelante con el diseño de una empresa o el mercadeo de un producto. Resulta más cuestionable aplicar el mismo criterio al comportamiento individual.

Pero antes de desechar como egoísta esta manera de pensar, aceptemos su lado razonable, incluso en el terreno personal. Todos los aquí presentes están asumiendo un costo al asistir a esta semana de reflexión teológica. Tienen que dejar el trabajo, renunciar a una parte de su merecido descanso, trasladarse a otro lugar soportando una larga cola, llegar tarde a casa, aguantar a unos conferenciantes que muchas veces no decimos nada que merezca la pena escuchar. ¿Por qué lo hacen? Si no son masoquistas, han tenido que encontrar algún motivo que los compense por las molestias que están asumiendo. Puede ser que deseen cambiar de ambiente, acompañar a alguna persona con la que se sienten bien, reencontrar a otros amigos a los que no ven hace mucho tiempo, actualizarse en su formación, convencerse de que no merecía la pena venir porque ya saben lo que tenían que saber, cumplir con un requisito académico, obedecer a un superior o superiora, dormir con aire acondicionado y un suave ronroneo de fondo que los arrulla. Pero algo tienen que sacar en positivo, y ese algo tiene que ser como mínimo tan beneficioso como las molestias que asumen al venir hasta aquí, a esta hora.

También la teología ha adoptado en algún grado la misma actitud a lo largo de toda su historia. En cada época se ha concentrado en la temática que más preocupaba e interesaba a sus oyentes. Sin duda esta flexibilidad y adaptación surge de un deseo sincero de proclamar el evangelio atendiendo a los signos de los tiempos, pero también ha sido una reacción instintiva de supervivencia, y una «política de ventas». Si el objetivo de esta semana de reflexión hubiera sido analizar las consideraciones medievales sobre la naturaleza angélica, que en algún momento desempeñaron un papel importante para justificar la organización eclesiástica e incluso la estructuración de la sociedad civil, es probable que este salón estuviera vacío. Hay que ofrecer algo que compense el trabajo organizativo y la preparación que exige un encuentro de este tipo.

Desde otra perspectiva, basta comparar los tópicos tratados hace unas décadas en las revistas y libros de teología con los desarrollados en la actualidad, para percibir el repliegue temeroso hacia torreones más inexpugnables. Hoy se tocan temas mucho menos polémicos que en la inmediatez del postconcilio. Hasta cierto punto ya no compensa pagar la suscripción de una revista para mantenerse actualizado, porque los debates de, por poner un ejemplo, la Revista Concilium hace treinta años sobre temas como el matrimonio o el sacramento del orden, jamás han sido replanteados con la audacia de aquel entonces. Así como la cristología de González Faus («La humanidad Nueva») hace años que decidió eliminar el anexo de las primeras ediciones sobre la virginidad de María, porque de lo contrario no podría haberse seguido publicando. Por no hablar de la eclesiología, donde las discusiones sobre la reforma ministerial e institucional han quedado relegadas a publicaciones marginales de grupos independientes, con muy escasa incidencia sobre la teología académica. En dos palabras: hace tiempo que los teólogos se han replegado al tratamiento de asuntos inofensivos, para poder seguir ejerciendo su profesión; han logrado convencerse, sensatamente, de que ya los castillos no se toman por asalto, y que es mejor no romper lanzas contra las aspas de un molino de viento.

Pero es evidente que el análisis costo-beneficio tiene también sus implicaciones negativas, sobre todo cuando la cultura dominante mide el beneficio en términos de satisfacción crasa de las necesidades privadas, y privilegia las actividades que responden a los instintos más elementales e inmediatas. Esto tiene mucho que ver con el poco éxito que tienen en el presente actitudes como la abnegación, el sacrificio o el desprendimiento, sin los que la convivencia diaria se hace muy difícil y a veces simplemente insostenible.

De nuevo la reflexión teológica y la práctica pastoral tendrán que tomar en cuenta esta mentalidad dominante a la hora de proponer metas, diseñar políticas y sumar esfuerzos. Es hasta cierto punto posible modificar los contenidos de los extremos que se comparan en un análisis costo - beneficio. De hecho existen personas que se llenan de satisfacción al servir a los demás, y esta satisfacción las compensa de todos los sacrificios asumidos en la realización de su misión. Pero esto no es lo normal, en el sentido último de esta palabra: lo que sirve de norma a las mayorías.

¿Cómo debe responder y reaccionar la teología frente a unas masas que asumen la fe y la vida bajo un esquema básico de análisis costo-beneficio? ¿Qué capacidad tiene la Iglesia de examinar hasta qué punto está actuando con el mismo criterio, incluso en campos tan delicados y sensibles como la designación de cargos, la búsqueda de nuevas vocaciones, o la incorporación de los laicos para cubrir vacantes que ya no se pueden llenar con personal propio? ¿Qué capacidad tiene una vida religiosa necesitada de refuerzos para discernir descarnadamente las motivaciones de quienes llaman a sus puertas? Este último tema es escabroso y esconde múltiples implicaciones, porque la vida consagrada cuenta en su seno con muchas personas que reciben de sus congregaciones o comunidades mucho más de lo que dan en intercambio; e incluso alberga a individuos que hace tiempo dejaron de encontrar sentido a lo que están haciendo, pero siguen dentro porque emprender una nueva vida les generaría muchos más costos que beneficios.

## **5. Eficiencia y equidad**

Una de las tensiones más claramente formuladas, y más fríamente resueltas, en la teoría económica, es la que se deriva de la contraposición entre los presuntos ideales de eficiencia y equidad. La eficiencia implica lograr el máximo resultado posible con los recursos disponibles, u obtener un objetivo con el mínimo costo posible. La equidad en cambio busca repartir el producto del trabajo de manera que alcance al mayor número de personas, y distribuirlo entre los implicados con criterios de igualdad.

De hecho, la teoría económica se reduce a enseñar la manera de lograr la eficiencia, y limita los requisitos de la equidad a la aceptación a regañadientes de que todo ser humano, aun cuando sea incapaz de ganárselo por sí mismo, debe ser proveído de lo necesario para sobrevivir.

Se parte del hecho de que la vida es una lucha entre desiguales; más aún, se recalca la convicción de que la igualdad es insostenible. Siempre que una

catástrofe, una guerra o una desgracia colectiva ha dejado a un grupo humano en la más absoluta miseria, al cabo de poco tiempo se vuelven a reproducir las mismas diferencias que existían anteriormente. Hay personas que por naturaleza son más capaces que otras para sacar provecho de las circunstancias, y que están como predestinadas a superar a los demás.

Esto no niega que por lo general las desigualdades tengan un componente hereditario, y que muchas personas gocen niveles de vida que no se han merecido con su trabajo; pero dentro de cada nivel social hay individuos que tienen madera de ganadores y que descuellan sobre los demás. Hay hijos de millonarios que se arruinan por falta de carácter, y hay hijos de nadie que se hacen millonarios por su espíritu de iniciativa, y por su aceptación mesurada del riesgo.

Extendiendo esta idea a toda la sociedad, la teoría económica dominante afirma que la mejor forma de incrementar el bienestar promedio de una población es permitir que los más eficientes gocen sin trabas de lo que producen. Esto, sin duda, va a agudizar los niveles de desigualdad, porque los puestos de trabajo mejor remunerados van a ser entregados a los que ya de entrada gozan de mejores ingresos, pero va a dar así mismo como resultado que los de abajo vivan cada vez mejor.

El capitalismo en sus primeros siglos fue una confirmación brillante de esta teoría. Los obreros del s. XX no tienen nada que ver con las lóbregas descripciones de la situación de la clase trabajadora durante la revolución industrial, y hay un abismo de distancia entre los habitantes actuales de un arrabal inglés y los personajes de las novelas de Charles Dickens. Aunque no exclusivamente, esto se debe en gran parte al progreso tecnológico y al incremento de la productividad generado por un sistema que concentró gran parte de sus esfuerzos en premiar la creatividad.

Viendo el mismo problema desde el lado contrario, casi la totalidad de los analistas coinciden en que la principal causa del derrumbe de los regímenes comunistas fue el sistema colectivo de propiedad, que trajo como consecuencia el que nadie se preocupara mucho por lo que no consideraba como suyo; y en la ineficiencia generada por un sistema en el que, al menos a un nivel teórico, se prometía a todo el mundo recompensarlo según sus necesidades, fuera cual fuera su capacidad.

Incluso dentro de la familia, la actitud avasalladora de algunas madres por estar pendientes de la más mínima necesidad de sus hijos, hace que éstos sean indolentes y poco colaboradores. Lo mismo ocurre dentro de las comunidades religiosas, donde nunca faltan quienes viven a costa de los demás.

Dentro de esta estructuración social donde se privilegia la eficiencia, hay siempre lugar para la existencia de algunas instituciones a las que se asigna la tarea de llevar adelante una labor social, y ocuparse de las cuestiones relativas a la equidad. Los gobiernos y las iglesias han sido tradicionalmente considerados como los principales agentes de la política social; a los unos y a las otras se les ha suministrado en algún grado financiamiento para cumplir esta misión.

Esta situación no deja de entrañar ciertos peligros; quiero resaltar aquí uno de ellos. Si los cristianos se limitan a ejercer esta función de caridad o de justicia, están dejando en manos de otros la conformación de la sociedad del futuro. En una cultura de la eficiencia es necesario tomar las riendas de los lugares donde se están diseñando las sendas por las que va a caminar la historia en los próximos años. Pero para eso, hace falta prepararse asiduamente en las disciplinas duras, que requieren una gran entrega y un gran empeño.

Debo confesar que, contemplando las nuevas generaciones de agentes pastorales, admiro su idealismo y generosidad, pero veo con cierta aprehensión su concentración exclusiva en el trabajo popular, y su rechazo más o menos abierto a la labor intelectual y al compromiso con la educación superior.

Se podrá argumentar con razón que las generaciones anteriores no han sabido formar profesionales transformadores de la sociedad, de acuerdo a los requerimientos de la justicia. Pero la respuesta a esta acusación no es abandonar la tarea a otros que ni siquiera van a intentar lograrlo.

Sé que una de las respuestas que se da a este cambio de solidaridades, y yo mismo lo debo haber escrito más de una vez en el pasado, es que la única forma de transformar la situación presente es hacer que los oprimidos sean los protagonistas de su propia historia. No he dejado todavía de desear que esto sea posible, pero debo reconocer que cada vez tengo menos esperanzas de que pueda ser alguna vez así. Al menos en el futuro próximo, hay ya fuerzas que están moldeando el mundo en el que va a vivir la generación que vendrá después de nosotros, y me duele ver que ni el cristianismo ni la teología están teniendo una función significativa en este proceso, por falta de formación y cortedad de miras. Se responde básicamente bien a las necesidades inmediatas, pero falta tiempo o voluntad para influir en los centros de decisión que condicionarán las políticas de largo plazo.

## **6. Norte-Sur**

Precisamente en relación con los procesos de globalización, y con las posibilidades que tienen los pobres para formar un bloque unido que transforme

la situación a su favor, se ha repetido con frecuencia en los años recientes que la caída de los regímenes comunistas ha puesto de manifiesto algo que ya los países del tercer mundo venían repitiendo desde hace varias décadas. Que la contraposición fundamental entre países no es la que los separaba entre Este y Oeste, sino la que los divide entre Norte y Sur.

En parte esto es verdad, aunque las posibilidades de conflictividad en uno y otro caso sean muy diferentes. En el antagonismo solapado o guerra fría entre Este y Oeste, los dos bloques contaban con un aparato industrial evolucionado, y un arsenal de armas muy sofisticado. En este sentido, la oposición mutua apuntaba más a la influencia política que al desarrollo económico. En el posible conflicto entre Norte y Sur, en cambio, las dos partes son muy desiguales, y no tienen la misma capacidad de ataque ni de reacción. Recordemos el triste espectáculo dado por la Argentina en la guerra de las Malvinas, o la impunidad con la que Inglaterra y Estados Unidos pudieron bombardear a Irak, o la OTAN a Yugoslavia, países estos dos últimos relativamente subdesarrollados, aunque geográficamente se encuentren en el Norte.

Hasta el momento, la presencia más agresiva de los países del Sur en los del Norte se ha dado a través de la inmigración, en muchos casos ilegal, que está llegando a formar verdaderas colonias organizadas de extranjeros dentro de las naciones del primer mundo.

Por supuesto que esa presencia incómoda, y que los recién llegados apenas son tomados en cuenta con ocasión de las contiendas electorales, o cuando hay que hacer campaña a favor de una determinada legislación con un alto componente étnico, como el bilingüismo en Florida y California, o el velo de las mujeres musulmanas en los centros educativos de Francia. Pero estas escaramuzas no tienen nada que ver con la conflagración de poderes que algunos ideólogos de izquierda llevan décadas previendo como inminente. Hoy por hoy, y al menos en el futuro inmediato, cualquier guerra entablada por el tercer mundo contra el primero es un suicidio.

Aunque la oposición Norte-Sur tiene un componente de desigualdad económica y social que comentaré más adelante, en gran parte se puede reducir a dos fenómenos que muchas veces son complementarios, y que poco tienen que ver con los niveles de pobreza.

En primer lugar, a un rechazo ante lo que nos resulta poco familiar o extraño, que en los casos extremos lleva a la xenofobia y al racismo. Molesta ver en el propio entorno a personas que tienen otra cultura, otra religión, otra

lengua u otra manera de vestir. Uno se siente invadido por algo que no acepta como propio. Pero este comportamiento no necesariamente tiene que ver con la diferencia de hemisferios ni de clases sociales; es propio del habitante de clase media de Nueva York, que se opone a que resida en su zona Bill Clinton cuando deje de ser Presidente, o a los miembros de un club exclusivo que tienen prejuicios contra los judíos o los negros, o al venezolano que mira con desconfianza al dominicano o al colombiano.

Claro que, en segundo lugar, se muestra aún más rechazo a los que se percibe como pertenecientes a otra clase social. Un individuo de clase media siente por lo general más desconfianza en dar la cola a una persona mal vestida; por eso los ladrones de bancos muchas veces extreman la elegancia en su atuendo. Pero en cierto sentido ésta es una manifestación más aguda del fenómeno anterior; si el advenedizo, además de ser extraño, muestra con toda evidencia y a primera vista la distancia que lo separa de la persona a la que aborda, la reacción de alerta y distanciamiento es más rápida e instintiva.

Esta actitud también está presente en el ámbito de lo religioso. Voy a contar a este respecto una anécdota que me tocó vivir hace unos años. Durante el Sínodo Episcopal de 1974, sobre la Evangelización en el Mundo, estaba estudiando en Roma y se me contrató, por supuesto *ad honorem*, como traductor del inglés al castellano. Todas las mañanas pasaban por las puertas del Vaticano centenares de personas con atuendos episcopales y cardenalicios, y unos cuantos elementos discordantes, que sólo llevábamos saco y corbata. Sistemáticamente quienes iban con sotana pasaban sin ningún inconveniente y, a quienes carecíamos de ella, la guardia suiza nos solicitaba el carnet, nos registraba el maletín, y a veces hasta nos cacheaba. Recuerdo que, después de dos semanas, terminó por molestarme esta actitud, y le espeté a uno de los vigilantes: «¿por qué, si usted ya me conoce, me sigue registrando todos los días? Si yo quisiera matar a alguien, o poner una bomba, me disfrazaría de Obispo». Me dejaron entrar, pero me siguieron registrando los días siguientes. En el fondo, es la misma extrañeza primitiva ante lo que nos parece distinto.

A un nivel más profundo, uno de los retos más grandes que esta realidad presenta a la teología es simplemente la aceptación de la disidencia y el pluralismo. La Iglesia, tanto o más que la sociedad civil, siente instintivamente desconfianza y rechazo frente a otras maneras de pensar y de actuar. Esta oposición e intolerancia se da entre católicos y evangélicos; entre conservadores y progresistas; en algunas naciones, entre clero nacional y extranjero. Muchas veces se llega incluso a tener la impresión de que las descalificaciones mutuas son mucho más agudas en el mundo religioso que

en el civil, y que las guerras civiles (pensemos en Irlanda, la antigua Yugoslavia o Indonesia) son mucho más difíciles de controlar cuando a las diferencias étnicas se suman las divergencias religiosas. En parte esto es comprensible, porque las religiones han sido inculcadas como cosmovisiones depositarias de la verdad absoluta. Por eso la teología y los cristianos tienen todavía mucho que aprender y mejorar en este aspecto, antes de proponer a los demás modos de convivencia más humanos.

## **7. Pobres y ricos**

En todo caso, aunque la gran división que amenaza a la humanidad no se pueda definir propiamente como una oposición entre el Norte y el Sur, uno de los mayores obstáculos para que la globalización tenga éxito es la gran cantidad de personas que están quedando al margen de este proceso, o la oposición entre pobres y ricos.

Curiosamente es ésta también una de las brechas más fuertes en la coherencia de la teoría económica moderna. El progreso ha traído incrementos en los niveles de vida de prácticamente todas las personas, pero la distancia entre los que tienen más y los que tienen menos se ha hecho cada vez mayor.

¿Hay alguna posibilidad de que esto deje de ser así? Es difícil pronosticar cambios de rumbo, pero sí podemos percibir que en los años recientes se ha ido abriendo paso cada vez con más fuerza la convicción de que uno de los principales obstáculos para el crecimiento sostenido es la desigualdad. Hace no mucho tiempo, en las escuelas de economía, los problemas de equidad eran relegados a las cátedras de ética. Hoy éstos forman parte integral de la macroeconomía, y son analizados con el mismo instrumental matemático, complejo y abstruso, con el que se abordan los problemas de política monetaria o fiscal, o los equilibrios en el comercio exterior. No es que a los economistas se les haya reblandecido el corazón, sino que han caído en la cuenta de que, si desean mejorar su bienestar y acrecentar su eficiencia, deben enfrentar de algún modo los niveles de desigualdad.

Este nuevo talante se ha ido incubando desde hace más de medio siglo. Podemos decir que con el fin de la segunda guerra mundial desapareció definitivamente el colonialismo en su versión más primitiva. Todos los países asiáticos y africanos que todavía no habían recuperado su independencia finalmente la lograron, y la Organización de las Naciones Unidas trató de instaurar una nueva forma de entablar relaciones entre los países, no a través de guerras de dominación o conquista, sino por medio de negociaciones y

convenios. Aunque el éxito de esta misión haya sido más que discutible, nunca se ha abandonado del todo la pretensión de lograr un mundo donde reine por siempre la paz.

No fueron básicamente razones de carácter humanitario las que provocaron esta transformación. Fue la destrucción causada por las conflagraciones mundiales la que convenció a las grandes potencias de su esterilidad. Era más provechoso tener socios comerciales poderosos que arruinados. Si se quería seguir exportando, se necesitaba fomentar la capacidad de compra de los demás países; si se deseaba continuar invirtiendo más allá de las propias fronteras, era mejor hacerlo en naciones con una infraestructura desarrollada, y con una mano de obra trabajadora y productiva. Flotaba además entonces como un fantasma la posibilidad de que, si las antiguas colonias no eran bien tratadas por el mundo capitalista, la totalidad del tercer mundo se pasara a la esfera soviética.

Lo que ocurrió entonces en el plano internacional, está penetrando ahora poco a poco el ámbito interno dentro de cada nación. Uno de los textos sobre Desarrollo Económico más reconocidos al nivel mundial, escrito paradigmáticamente por un Indio profesor en la Universidad de Princeton (Debraj Ray), dedica más de la mitad del libro a los problemas económicos originados por la existencia de la pobreza y sus manifestaciones: desnutrición, agricultura de subsistencia, desaprovechamiento de tierras no cultivadas, baja productividad del trabajo, o insuficiencia de crédito.

El mundo político y empresarial está convencido de que no va a poder crecer mucho más si no arrastra de alguna manera consigo a los que van quedando atrás. Es algo así como una carrera de relevos, donde el último no puede vencer, por muy veloz que sea, si los corredores anteriores han dejado que la distancia con sus competidores sea insuperable.

La fe y la teología, cuando se ocupan de los problemas de justicia, deben tomar en cuenta esta situación. El vilipendiado neoliberalismo salvaje, como lo ha vuelto a llamar hace poco nuestro comedido Presidente de la República, está convencido de que la pobreza es un problema que conviene eliminar o, al menos, aminorar. Merece la pena ayudarlo en este intento. Claro que es también posible la oposición frontal o la condena, pero han pasado suficientes años para reconocer que esta actitud ha dado hasta ahora muy pocos resultados. En todo caso, el problema es demasiado complejo como para esperar que, por uno u otro camino, se llegue a una pronta solución. Pero vale la pena seguirlo intentando.

## 8. Ocio y ecología

Hay un aspecto que, después de haber hablado de la pobreza y las grandes diferencias existentes entre niveles sociales, puede parecer trivial, pero que considero importante como paradigma de la cultura contemporánea, especialmente en los países desarrollados, aunque en parte por imitación, y en parte también como necesidad interna sentida, se haga presente cada vez con más fuerza en los países subdesarrollados.

Hablo en el título de ocio y ecología conjuntamente, no porque un fenómeno esté directamente relacionado con el otro, sino porque ambos tienen un aspecto en común, que podríamos caracterizar como atención a lo superfluo o a la gratuidad.

En primer lugar el ocio. Cuando la teoría microeconómica estudia qué cantidad de trabajadores estarán dispuestas a contratar las empresas, las consideraciones son de tipo puramente económico. En términos generales, al menos en los mercados de competencia perfecta, se contratará personal hasta el punto en el que el ingreso recibido por el producto adicional obtenido de cada trabajador sea igual al salario que se le paga. Nos encontramos frente a un caso particular del análisis costo-beneficio, sobre el que hemos comentado anteriormente. En cambio cuando se estudia el número de horas que cada individuo estará dispuesto a trabajar, el análisis se centra no únicamente en el salario, sino en una elección entre dos alternativas: el trabajo y el ocio. El equilibrio, en este caso, se alcanzará, cuando la utilidad obtenida por el último segundo empleado en la primera alternativa (el trabajo) sea igual a la satisfacción obtenida por el último segundo empleado en la segunda alternativa (el ocio). Partiendo del principio económico general, inducido de la observación empírica, de que la utilidad adicional o marginal del consumo de bienes es decreciente (cuando tengo sed, el segundo vaso de agua me produce relativamente menos satisfacción que el primero y así sucesivamente), y que la desutilidad marginal de los males es creciente (el segundo kilómetro de una subida empinada me cansa más que el primero); y considerando, muy bíblicamente, al trabajo como una molestia, y al ocio como una bendición, se piensa que habrá algún momento en el día en que cada persona decidirá que ya ha trabajado suficiente, y que ha llegado la hora de descansar.

Naturalmente que esto ocurre antes si la remuneración que se está recibiendo por cada hora de trabajo es mayor. Alguien a quien se pagara Bs. 100.000 la hora, podría pensar, por ejemplo, que con trabajar medio día ya tiene suficiente, y que puede dedicar al resto del tiempo a descansar.

Aunque, vuelvo a insistir, nombrar esta posibilidad en un país subdesarrollado y en un ambiente donde gran parte de los ciudadanos trabajan hasta el agotamiento todos los días y no ganan lo suficiente para vivir, puede equivaler a nombrar la soga en la casa del ahorcado, es importante caer en la cuenta de que el mundo desarrollado está hablando cada vez con mayor frecuencia de la cultura del ocio, que la semana laboral se está reduciendo más y más, que la edad de jubilación está llegando más temprano, y que cada vez se dedican más programas de todo tipo a plantear alternativas satisfactorias de emplear el tiempo libre.

Claro que algunas veces la reducción de la jornada de trabajo es también consecuencia del alto desempleo, y pretende permitir el acceso al trabajo a personas que de otra manera quedarían fuera de él; pero en gran parte esta nueva tendencia se debe a que el nivel de vida promedio de una parte significativa de los habitantes del planeta ha mejorado ostensiblemente en los últimos años.

La contraparte de esta bonanza es bien conocida: la depresión profunda que aqueja a muchas personas cuando se acerca la jubilación, porque en toda su vida no han aprendido nunca a utilizar el tiempo libre; los ingentes costos económicos de los sistemas de pensiones; las discusiones crecientes sobre la conveniencia o no de la eutanasia, porque los progresos médicos han tenido más éxito en aumentar la cantidad de años vividos, que en mejorar su calidad.

Ahí se abre un reto que la sociedad contemporánea está ansiosa por llenar, aunque todavía no haya terminado de acertar en la forma de hacerlo. Hay toda una literatura cada vez más voluminosa en torno a la mejor forma de utilizar el ocio y responder a los problemas de la tercera edad, y cada vez hay más personas, instituciones e incluso empresas que se están especializando en cuestiones relacionadas con estos tópicos.

Por otra parte, parece bastante evidente que a la teología toda esta problemática parece tenerle sin cuidado; quizás porque piensa que hay otros asuntos más urgentes a los que responder, quizás porque sus fuentes tradicionales se han ocupado muy poco del tema. No voy a ser yo quien diga si esta actitud debería mantenerse o tendría que ser modificada. Pero la cultura del ocio afecta también directamente a la teología en el mismo contexto venezolano. El hecho, por ejemplo, de que desde hace años esté abierto en esta Universidad un postgrado en teología para laicos, es una manifestación de este fenómeno; quien, no siendo clérigo ni religioso estudia teología, lo hace porque tiene tiempo libre y la vida asegurada. Igualmente, la mayor parte de las actividades de organización popular, donde la Iglesia tiene una

presencia tan significativa, se realizan en los tiempos libres de las personas involucradas; al volver del trabajo por la noche, en los fines de semana, o en las vacaciones escolares. También la teología espiritual ha defendido siempre la necesidad de retirarse periódicamente a un ambiente de silencio y oración, sin dejarse arrastrar por el frenesí y la urgencia de las ocupaciones diarias. A lo mejor se podrían sacar de ahí algunas consecuencias para profundizar en este punto.

No me voy a extender sobre el tema de la ecología y, en general, el respeto a la vida en cualquiera de sus manifestaciones, pero debo reconocer que, habiendo nacido en un pueblo donde la diversión fundamental de los muchachos de la escuela era tirar piedras a perros y gatos, y destruir nidos de pájaros, me conmuevo profundamente cada vez que veo una sociedad protectora de animales.

La preocupación general por el medio ambiente tiene un aspecto claramente utilitario y económico. Hay que proteger los recursos escasos que nos siguen siendo necesarios; hay que cuidar el clima y la supervivencia, impidiendo que se destruya la selva amazónica o la capa de ozono; hay que mantener vegetación en el entorno para que las lluvias no erosionen el terreno sobre el que estamos asentados; hay que controlar las radiaciones atómicas. Pero quiero creer que aquí también se manifiesta una cierta evolución positiva de la humanidad, que, al menos en algunos sectores, cada vez se preocupa más por lo que he llamado antes la gratuidad, hasta cierto punto lo superfluo, lo supererogatorio.

En el campo de lo humano, esta actitud se manifiesta también en la gran cantidad de organizaciones no gubernamentales donde muchas personas dedican gran parte de su tiempo, en algunos casos los mejores años de su vida, a atender las necesidades de los demás. Después de todo lo que hemos dicho en los paradigmas anteriores, resulta evidente que esta actitud es minoritaria y que muchas veces tiene apenas un valor simbólico, dada la pequeña proporción de necesidades urgentes a las que se puede atender. Pero podemos también decir que esta fuerza está creciendo en el entorno social.

También aquí los retos a la fe y la teología son significativos y profundos. En este contexto hasta suena enormemente actual la comparación rural de Jesús sobre los lirios del campo, y su indicación de que si Dios se cuida así de estas cosas pequeñas que hoy son y mañana ya no existen, cuánto más se cuidará de nosotros. Pienso también que esta aceptación agradecida de la gratuidad es un terreno fértil para desarrollar muchas de las convicciones más profundas de la propia fe. Creo, en fin, que la generosidad de tantas personas

que entregan su vida a los demás, porque sienten que así están llenando de sentido su propia vida, es un estímulo para que los cristianos no nos dejemos ganar en liberalidad y desprendimiento. Curiosamente, la teología de ahora y de siempre, cuando se atreve a describir el cielo, lo representa como un lugar donde reinan el ocio y la entrega, en un entorno de belleza, despreocupación y plenitud.

## **9. Nuevas fronteras**

Este paradigma tiene que ver con la manera en la que se están reorganizando las territorialidades en el ámbito mundial.

Muchos historiadores y politólogos señalan que en los años recientes estamos asistiendo a la muerte de los grandes Estados modernos surgidos en los siglos anteriores. Una vez más, este paradigma se aplica mejor a los continentes más antiguos en términos históricos (Europa y Asia) o a los más recientes, como África, que al continente americano. Pero de una u otra manera nos afecta a todos.

Por poner el ejemplo más significativo, Europa se está enfrentando recientemente a dos procesos aparentemente contradictorios, que la están llevando en un mismo sentido. Por una parte ha avanzado la desaparición de las fronteras comunes, mediante una integración económica y política que, a pesar de desconfianzas y obstáculos, lleva camino de consolidarse y perfeccionarse con el paso del tiempo. Pero por el otro lado, cada uno de estos países está reviviendo viejas rivalidades regionales, y está reivindicando una mayor autonomía e independencia. Podemos mencionar en este sentido a los movimientos separatistas españoles, a la actitud de Córcega ante Francia, a la proclamación de la República del Norte en Italia, a la separación entre flamencos y valones en Bélgica, a la división entre checos y eslovacos, a la traumática disgregación de los países balcánicos, a la atomización de la unión soviética, a las interminables guerras civiles que enfrentan a innumerables países africanos y asiáticos.

Nada semejante ocurre con la misma intensidad en Venezuela, pero hasta cierto punto estamos recorriendo un camino semejante. Los libros de historia nos explican que el territorio de Venezuela se constituyó tardíamente con el surgimiento de la Capitanía General en 1777. Sabemos que esta unificación política impuesta desde Madrid tardó muchos años en ser asumida por la población, como lo demostró la rivalidad entre caudillos regionales en las batallas por la Independencia, y la misma guerra Federal. En realidad, la unidad

de la Venezuela moderna apenas se alcanzó hace un siglo, durante el gobierno de Juan Vicente Gómez. Sin embargo, los recientes procesos de descentralización, junto a la elección directa de alcaldes y gobernadores, han vuelto a acentuar la diferencia de intereses entre los habitantes de cada región.

No me atrevería a sacar conclusiones de esta evolución que se está manifestando en todo el mundo. Quizás vaya en la misma dirección de otros paradigmas, donde hemos percibido la creciente concentración de los intereses personales en el entorno inmediato de cada cual; pero no se puede reducir sólo a esta tendencia. Los especialistas en otras disciplinas han disertado ampliamente sobre el fenómeno y han analizado sus múltiples implicaciones y consecuencias. Dejo aquí esta reflexión.

Quizás sea todavía más aventurado apuntar los retos que este paradigma pueda presentar a la fe y a la teología. Sin embargo, resulta bastante evidente que en el terreno de las creencias se está dando un proceso semejante. Por una parte una ruptura de fronteras, que implica un sincretismo cada vez mayor, no sólo entre la religiosidad tradicional y las religiones establecidas, como ha venido ocurriendo hace muchos siglos, sino también entre estas últimas. Cada vez los creyentes están más convencidos de que el pertenecer a una religión o a otra es casi un accidente geográfico. Probablemente seríamos anglicanos si hubiésemos nacido en el Reino Unido, musulmanes si hubiésemos nacido en Arabia, y budistas si hubiésemos visto la luz en el Tíbet.

Hace unos años, muchas personas pudieron considerar un privilegio el ser católicas dentro de un mundo tan desorientado, así como el judío daba gracias a Dios por haber sido el único pueblo elegido entre todas las naciones. Hoy no estamos tan seguros de eso. Probablemente el Dios cristiano se adapta mejor a nuestra cultura, porque nosotros mismos nos hemos encargado durante siglos de hacerlo uno de nosotros. Pero a la hora de la verdad, nadie tiene la exclusiva para identificar su imagen de Dios con la del Dios real, que está más allá de toda comprensión.

Por otra parte, dentro de cada religión hay muchas particularidades. Es difícil afirmar que un intelectual racionalista y escéptico cree en el mismo Dios que otra persona más inclinada por lo mágico y simbólico (velas, estampas, procesiones), aunque los dos estén bautizados en la misma Iglesia.

De esta manera encontramos en el terreno de la fe la misma evolución que en el resto de la sociedad: ruptura de fronteras entre diversas religiones, divisiones profundas entre los afiliados a una misma religión

Hay además otras características en el fenómeno religioso contemporáneo, que voy a recoger en el último paradigma.

## 10. Religión

¿Cómo vive la fe el creyente de nuestros días? Por lo que acabamos de decir, es prácticamente imposible responder a esta pregunta de una manera unívoca. Pero podemos resaltar algunos elementos.

En primer lugar, así como se han ido diluyendo las verdades incommovibles en el terreno de la fe, ha ocurrido también algo semejante en el lado contrario. Hoy es casi imposible ser ateo militante; ésa es una actitud trasnochada.

Es bien sabido que el ateísmo moderno surgió en parte como defensa de la autonomía de la ciencia y la razón, frente al absolutismo y la intransigencia dominante en los medios clericales de hace apenas un siglo. Hoy la Iglesia ha perdido poder, y la ciencia ha perdido gran parte de la ingenua confianza que hace no mucho tenía en sí misma. Difícilmente en el futuro un científico tendrá que soportar la incomprensión que sufrió Galileo por el lado católico, o Darwin por el protestante. Pero tampoco parece posible volver a repetir la imbecilidad del astronauta soviético que afirmaba ufano, hace apenas cuarenta años, no haber visto a Dios en su paseo por el espacio.

Se suele decir que cuanto una persona sabe más es también más consciente de lo mucho que le falta por conocer. Algo semejante ocurre con la humanidad; precisamente cuando ha llegado más lejos en el dominio de la naturaleza, palpa más de cerca los límites a los que nunca podrá llegar.

El teólogo alemán Dietrich Bonhoeffer, desde la cárcel nazi donde acabó sus días, expresaba el temor de que el hombre adulto contemporáneo rechazase una religión que, como ya había señalado un siglo antes Feuerbach, basaba la existencia de Dios en las limitaciones de los hombres. Temía Bonhoeffer que el progreso tecnológico moderno fuera arrancando uno a uno los velos tras los que decía esconderse Dios, para al final encontrar sólo un espacio vacío. Pero ha ocurrido todo lo contrario. Hoy la nueva matemática habla del caos; cada vez adquiere mayor importancia entre las ciencias cuantitativas la estadística, precisamente por trabajar con variables intrínsecamente aleatorias; los cada vez más potentes telescopios nos confirman que el sistema solar es apenas una partícula insignificante en el universo, por lo que cada vez estamos más convencidos de que los terrícolas no podemos ser los únicos seres racionales que existen en el universo.

Otra característica de la religión contemporánea, como consecuencia de lo que señalamos en el primer paradigma, es su interiorización. Ya casi no hay cristianos «practicantes»; las Iglesias se encuentran prácticamente vacías; los mismos curas dejan de ir a Misa los domingos si no les toca celebrar. Esto trae unas consecuencias que en cierto sentido van contra la esencia misma del cristianismo: se va perdiendo progresivamente el carácter comunitario de la proclamación de la fe; cada vez resulta más difícil la unificación de criterios, cuando casi nadie escucha a los que oficialmente están designados como administradores de la palabra; mucho menos es posible la actualización en personas que no leen sobre las nuevas tendencias, y que se limitan a recordar mecánicamente lo que recibieron en su infancia; por eso es tan frecuente encontrarse con personas adultas especializadas en su disciplina, y de una mentalidad totalmente primitiva y pueril en el terreno religioso.

Nos podríamos eternizar desarrollando el paradigma religioso de la modernidad. Voy a concluir con un detalle más: el resurgimiento de los fundamentalismos. En la cultura contemporánea este adjetivo se ha utilizado sobre todo para designar determinadas manifestaciones de la religión musulmana, pero es un fenómeno mucho más extendido. Es probable que muchos de ustedes no tengan televisión por cable, pero hay en él un canal norteamericano católico (EWTN: Eternal Word Television Network) que cuenta con incalculables recursos financieros y un respaldo masivo por parte de las autoridades religiosas, donde durante veinticuatro horas diarias se pueden escuchar afirmaciones que no recuerdo haber escuchado nunca en los momentos de mayor oscurantismo de toda mi formación religiosa. Les reconozco que cada vez que me detengo en él, en realidad muy pocas veces, cometo el pecado del fariseo de la parábola diciendo: «Gracias, Señor, porque no soy como ellos». Pero a la vez caigo en la cuenta de que el descaminado soy yo, y los ortodoxos ellos. También hay fundamentalismo e involución dentro de la religión cristiana.

Vamos a quedarnos aquí. Les reconozco que es incómodo hablar desde las ciencias sociales en una semana de Teología. Cada disciplina tiene sus presupuestos, su metodología, sus objetivos y sus ritmos. Uno se encuentra frente a la alternativa de caminar por vías paralelas, e imposibilitar así todo contacto, o intentar incursiones desde una dimensión a la otra, con el peligro permanente de favorecer más a un extremo que al contrario.

En todo caso, se ha hecho el intento. Espero que quienes me sigan tengan un mayor tino al responder a sus expectativas. Muchas gracias.

## **PUBLICACIONES DEL ITER**

- AA.VV., *Evangelizar hoy a Venezuela*, Caracas 1985, pp. 158.
- AA.VV., *Experiencia religiosa en el joven venezolano*, Caracas 1985, pp. 212.
- NAVARRETE Urbano - URRUTIA Francisco Javier, *Nuevo Derecho Canónico. Presentación y Comentario*, Caracas 1987, pp. 320.
- AA.VV., *La Iglesia Venezolana en marcha con el Concilio. A los 20 años del Vaticano II*, Caracas 1987, pp. 446.
- PASTORE Corrado, *Bibliografía teológico-pastoral de Venezuela 1965-1986*. Separata de *La Iglesia Venezolana en marcha con el Concilio*, Caracas 1987, pp. 156.
- AYESTARAN José C., *¿Qué es el ITER?. Una reseña histórica*. Caracas 1987, pp. 48.
- AA.VV., *La inculturación del evangelio*, Caracas 1988, pp. 166.
- AA.VV., *Los Laicos en la Iglesia y en el Mundo*, Caracas 1989, pp. 145.
- AA.VV., *Doctrina social de la Iglesia y promoción humana hoy*, Caracas 1991, pp. 184.
- PERON J.P., *ITER 1979-1995. Reseña histórica y Organización Académica*, Caracas 1995, pp. 208.

### **INSTITUTO DE TEOLOGIA PARA RELIGIOSOS**

Urb. Altamira, 6ª Transv. (entre 3ª y 4ª Av.)  
Telf.: (02) 261.85.84, Caracas 1062-A (Venezuela)